

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

JUNIO-JULIO
2018



No. 14



*La Embajada de Sudáfrica
en colaboración con
Pretextos literarios por escrito*

convoca

Al primer concurso de poesía y de
cuento corto para conmemorar el
centenario del nacimiento de
Nelson Mandela

CONSULTA LAS BASES EN NUESTRA PÁGINA
www.poescrito.org

*Nelson Mandela
Centenary
2018
Be the Legacy*

A NELSON MANDELA FOUNDATION INITIATIVE

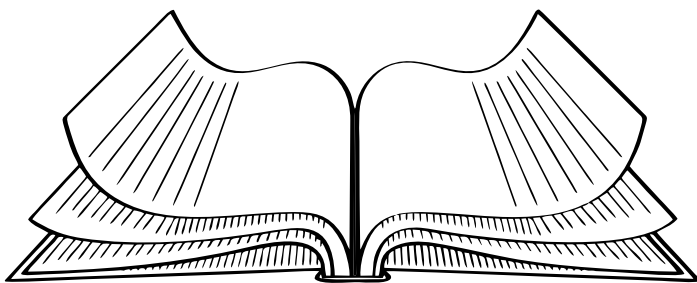

**PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO**



República de Sudáfrica




**PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO**



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org

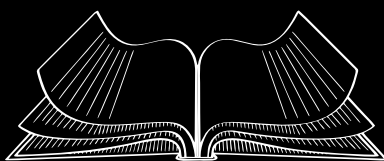




PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

Revés sonoro	8
Cielo Dafne Vargas Meza	
La noche del agua	9
Rodrigo Trujillo Lara	
Alimentabas las raíces de la noche	10
Rodrigo Trujillo Lara	
Urbanismos	11
Etienne Fajardo	
Fotografía 2	14
Carlos Azar	
III	15
Juan Carlos Salvia	
Hoja de árbol	16
Juan Carlos Padilla Monroy	
Muertes cotidianas	17
Juan Carlos Padilla Monroy	
Tu ausencia	18
Fernando Corona	
Frida	19
Fernando Corona	

FIRMAS

Agenda oculta	20
María Elena Sarmiento	
Como si fuera mi agua	21
Yamil Narchi Sadek	
Porque entre tanto ruido	22
Yamil Narchi Sadek	
Medalla de guerra	23
Virginia Meade	
Papeleos	25
Cecilia Durán Mena	
Avión	29
Andrea Fischer	

IMAGINARIO 31

VOCES

Dos caras 38
Alessandra de Zaldo

Ensayando 39
Beatriz González Rubín

Lágrimas 40
Enrique Garza Bandala

Paracetamol para los hipersensibles 42
Vanessa Puga

Vivaldi antidoping 45
Carlos Azar Manzur

No era la mujer de Lot 49
Ana Rosa Gómez Mutio

El hombre que iba a salvar al mundo pero estornudó 52
Luis Sokol

Amores encriptados 54
Niza Moreno de Luna

Dolor infinito 55
Ezequiel Caminiti

Tristeza oscura 56
Ezequiel Caminiti

Tarde indigna de recordar 57
Mauricio Gerardo Romo López Acre

CONVERSACIONES

Conversaciones 59
Andrea Fisher

Hablando por escrito

La temporada de verano coincide con las vacaciones y esto nos da pretextos para leer sin tener que mirar el reloj. Las temperaturas estivales nos llevan a aligerar la vida: menos ropa nos cubre el cuerpo, nos damos permiso de dejar de lado las mangas, de subir un poco más el dobladillo, de profundizar las líneas del escote, de mostrar más piel. De repente, la cotidianidad cambia y nos dan ganas de viajar. La maravilla de la lectura es que podemos emprender un viaje sin necesidad de salir de casa.

Leer nos envuelve en un estado especial que nos ayuda a llegar a lugares lejanos a nuestra realidad o nos aproxima a un punto de vista diferente. La lectura nos predispone a un cambio de ánimos y hay que aprovechar la oportunidad para recorrer los renglones de aventuras, intrincarnos en algunos misterios, tratar de entender los motivos de ciertas intrigas o tal vez, leer poemas antes de dormir para tener sueños de sabor dulce.

El verano es el tiempo de lectura. Los personajes de Agatha Christie leen mientras veranean, los de Tolstoi también —Ana Karenina y Vronski leían mientras vacacionaban—. Aunque poco sabemos de las lecturas estivales de nuestros antepasados, dicen que a Sócrates le gustaba que Fedro le leyera en las tardes calurosas, mientras se sentaban a

la sombra de un árbol. Trescientos años más tarde, Cicerón confesaría su afición por leer durante esta misma época la colección de obras griegas mientras disfrutaba en su villa del Lacio.

A pesar de que los ricos romanos tenían villas de descanso y los emperadores chinos palacios de verano, el concepto de un periodo vacacional en los meses de calor no se oficializó hasta el siglo XIX. Pero, una vez establecido el verano como una temporada vacacional en la que el ocio y el entretenimiento aparecen como actores principales, los libros —impresos o electrónicos— se transforman y adquieren una calidad particular, apacible y divertida. La gente busca entretenerse en el autobús, en el avión, en la playa, en la montaña, en la terraza de algún café. Entonces, la lectura surge como una opción magnífica y el libro como un aliado perfecto.

Hay quienes sostienen que no es igual leer en invierno que en estío, que lo que se lee es diferente. No sé, tal vez sea cierto. Puede ser que haya algo en el aire o quizás el brillo del sol que nos rodea lo que nos lleve a una forma de lectura distinta. Y es que, a decir verdad, no es lo mismo leer tumbado en el pasto que hacerlo acurrucado bajo una cobija en la media luz de un cuarto invernal.

Me parece que, en verano la relación entre un lector y el autor se hace íntima y cariñosa. Netzahualcóyotl canta: “Alegraos con las flores que embriagan, las que están en nuestras manos. Que sean puestos ya los collares de flores. Nuestras flores del tiempo de lluvia, fragantes flores, abren ya sus corolas.” Las palabras se contagian de la alegría del clima y las frases adquieren un sabor a cercanía. Casi podemos percibir el aroma que nos describe el autor y palpar las texturas que nos sugiere. En verano, estamos más relajados, menos ansiosos. Dejamos los pendientes de la vida diaria y podemos leer y leer y continuar leyendo.

En verano, tal como lo dijera Philip Roth en *Primo Levi*: “La realidad puede permitirse el lujo de ser increíble, inexplicable, de si-

tuarse fuera de toda proporción. Sin la candidez de los niños, de los viejos y de todos nosotros a la obra de arte le haría falta algo.”

La lectura de verano se convierte en una especie de alegría entusiasta a la que se cae por voluntad propia para generar una solidaridad entre el lector y el escritor que puede resultar sumamente emocionante. Y al abstraernos, entramos en un silencio que protege la concentración y nos permite avanzar por esos rumbos y a esos viajes sin tener necesidad de salir de nuestra habitación.

Con ese afán, seguimos atrapando lectores para nunca dejarlos ir. Con ustedes el Número 14 de Pretextos literarios por escrito. A disfrutar de leer sin mirar el reloj.

La editora general



La temporada de verano coincide con las vacaciones y entre nos de profesores para...
 Este nos enseña en un sentido especial que nos ayuda a llegar a lugares...
 El verano es el tiempo de lectura. Los personajes de Miguel Cervantes son nuestros...

Paúl Núñez

Revés sonoro

Cielo Dafne Vargas Meza

No nos fue suficiente, terminamos heridos, terminamos siendo tortura en la distancia.
Fuimos nota musical entre alaridos. Nos procuramos esperanzas.
Fuiste balada en la batalla.
Me ofreciste un remanso de paz en la lid.
La victoria estuvo lejana, lanzó un canto de compasión.
Las cenizas nublaron el destino,
fue el cigarrillo y la piedra molida, oxidamos el aire, las memorias y el triunfo.
De la lucha queda poco,
un matiz gris por debajo del arbol, queda la lágrima de mi madre
y queda nuestro último adiós.
Perdimos la paz desde las yemas de los dedos.
Nos enfilamos al batallón, huimos sin aviso matutino.
Casi enamorada, te deje ir. Fuiste balada en la batalla.
Y tú, mi remanso, vestigio de batalla.
Te lloré como loca,
entre sombras vivas y muertas te busqué.
Tu rumbo paralelo se desvaneció.
Te dejo ir al son de tu último estribillo.



Paúl Núñez

La noche del agua

Rodrigo Trujillo Lara

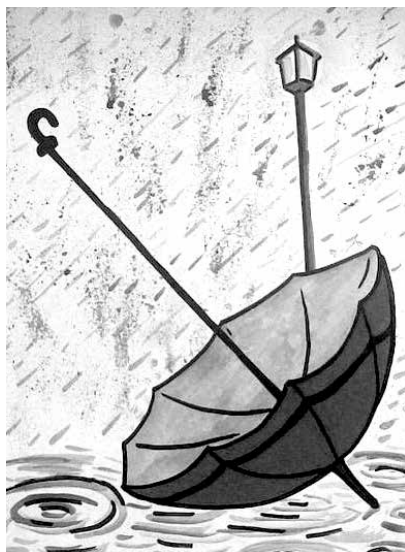
De noche en la noche estas calles
se inundan
de olor viejo,
a orín
y bocas cerradas.

En la noche de la noche
la ciudad vuelve
al templo estancado del agua.

Ventiscas de estaño cubren
de alas
a los desamparados. Los siglos
esculpen el ornamento
de la indiferencia.
La entraña de piedra
enmohece de su memoria.

La noche es del agua.
Los jardines, espléndidos bosques
de fémures y arena
de sílice profundo,
despuntan sus brotes de cráneos
coronados
de tule y alatrón.

Una gota es palabra de cristal.
Cae.
Rompe el silencio
con sus sonoras astillas
de alba.



Paúl Núñez

Alimentabas las raíces de la noche

Rodrigo Trujillo Lara

Alimentabas las raíces de la noche
y eras mío.

Yo bebía como gato afable
de tu paladar sediento.

Hibernabas en la hendidura de la muerte,
y eras mío.

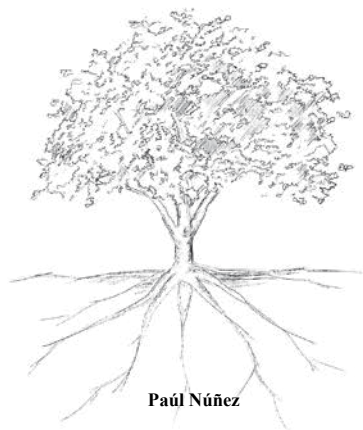
Grueso el tronco tuyo
donde excavé mi madriguera.

De fuego, de semillas,
de dulzura olor a bestia echada
en la sustancia roja del asombro.

Sin palabras, dos bocas
acallaban el silencio.

De noche fuiste mío.

Contemplábamos el viaje de las aves,
su detenerse en el instante a mirar,
sobre las estrellas, el regalo enorme
del fruto luminoso de la noche misma,
que nos devoraba.



Paúl Núñez

Urbanismos

Etienne Fajardo

I

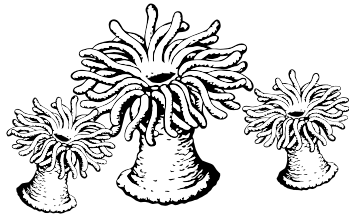
La tarde es
murmullo
que
se escurre
con la lluvia
y por debajo de la puerta
La calle
un alfiler
goteando
desde el grifo
hasta las piernas

mínimas mareas
tina blanca

Allá muy lejos
hay
en otra habitación
la niña

Quizá
comience
a tener hambre en pocas horas

vapor calor
intrauterino



El bautizo
El baño
La ablución
Hay tanto
de retorno en esta amniosis
Las manos
las cascadas
rituales
hilos
exangüe marioneta
bajo
el agua

Baile
de anémonas
desnudas

Dos fuentes
clepsidras
invertidas
rojas naves
abandono flujo
purga
desazolve
humor efimero
desagüe



V

La noche baja su lujuria
 a la calle
 a los transeúntes grises
 a los postes de luz
 a las escaleras infinitas
 y a los edificios
 Simula sentarse
 sobre nosotros
 lasciva
 corrosiva
 y no nos deja tocarla
 Se descubre
 sobre las cabezas
 de quienes miramos
 y estiramos
 las ansias
 de adentrarnos
 como demonios
 en las cuevas infernales
 en los remolinos turbios
 de la noche
 que desciende
 sin llegarnos nunca

FEMINICIDIO:
 1.º CRIMEN DE ODIIO QUE CONSISTE
 EN EL ASESINATO DE UNA
 MUJER POR EL HECHO
 DE SER MUJER.



Sofia Weidner

Fotografía 2

Carlos Azar

Que seas la mirada de los verbos,
del flujo de la luz,
del sonido;
que seas la sonrisa cósmica
que anuncia su equilibrio
a la derecha;
que seas disonancia
en intervalo,
segunda, sexta,
como la costra,
mancha que nos recuerda
que al día
le queda poco;
que seas navaja,
alfiler, ceniza, triángulo, voz,
para que te mire y escriba.
Que seas la que mira
este viento dormido
que busca equilibrarse.





 Juan Carlos Salvia

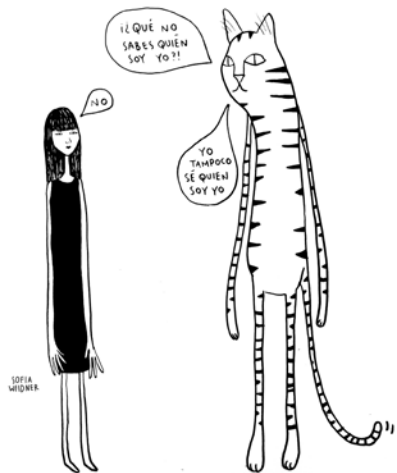
Entre la espada y la pared del tiempo,
 por contrincante el tiempo,
 con la baraja en su favor marcada
 y con su risa de matón
 mostrándote la dentadura de oro.

A esa mano perdida de antemano
 se parece mi oficio,
 y hay que hacer del poema
 la osadía de apostar
 contra todo pronóstico.

No es que, por otra parte,
 ganar importe un pucho
 cuando lo que está en juego
 es vislumbrar el rostro
 de tu propio destino.

Me va la libertad sea como sea,
 así que ya zarpados
 hagamos de este viaje
 mi resto a todo o nada
 por ser un hombre libre.

Tampoco la poesía lo hace más fácil.
 Me arde en el corazón sin medir conse-
 cuencias.
 Es mi fatalidad y es bienvenida.



Hoja de árbol

Juan Carlos Padilla Monroy

Despierta el viento una suave brisa,
sacude suavemente la hoja de árbol
haciendo crujir las ramas secas
y arrancando de mi boca una sonrisa.
La distancia no es el olvido,
tu recuerdo permanecerá en mis labios
y conservará el calor de tus caricias
para en mi cuerpo permanecer encendido.
Llueve otoño en nuestro jardín secreto,
las hojas secas besan tus pies descalzos
mientras el sol brilla en lo alto
y esperas con impaciencia mi regreso.
Abrazaré tu tristeza con mi canto,
bendeciré tu delicada piel morena
con el roce incandescente de mis manos
y entenderás por qué te quiero tanto.
Recibe como obsequio, amor mío,
la hoja de árbol que trajo el viento,
como un recuerdo de aquellos aciagos días
cuando no te pude regalar un lirio.



Paúl Núñez

Muertes cotidianas

Juan Carlos Padilla Monroy

Morir es sufrir indiferencia,
 ahogarse en la melancolía del sol,
 hundirse en la tempestad envidiosa,
 marchitar amor por sembrar placer,
 conquistar el paraíso de las necesidades,
 guardar el secreto de la desesperanza,
 llorar el hastío de las imperfecciones,
 huir por el espejismo de la gloria,
 alimentar las arcas de la vanidad,
 cobijar la hostilidad codiciosa.

Pero un sabio me dijo un día
 que no hay amor sin melancolía,
 porque a veces lo malo es bueno
 y no se vive si no se
 sufren
 marchitan
 ahogan
 hunden
 conquistan
 huyen
 guardan
 lloran
 alimentan
 y cobijan nuestras excentricidades.

Dicen que vivir es heroico,
 pero lo realmente osado
 es dar vida a nuestras muertes cotidianas.



Paúl Núñez

Tu ausencia

Fernando Corona

Nada pasó en mis brazos cuando estuviste lejos,
cuando no te veía rondar por mis ventanas
como un fantasma viejo que ya no espanta a nadie.
La lluvia fue la misma sesión de tener frío.
Cuando no te esperaba sentado en los peldaños,
tampoco el edificio cambió su indiferencia.
Se poblaron las calles del sol alicaído
y entonces poco a poco nos fuimos contagiando
del aire insuficiente para elevar la risa.
Las noches derramaron, ya sabes, otras lluvias
más lentas y más breves; ahí también estuve
contando en cada gota la herida del silencio.
Nada pasó realmente cuando te hallabas lejos.
Los detalles se apagan mientras se ve el entorno
y así, frente al afuera, lo nuestro es cualquier cosa.
Tu pecho, tus abrazos, valieron los instantes
de luna en que supimos trenzarnos con las manos.
Después mirar el cielo nos fue volviendo olvido.
Sigue el sol en las calles y observo nuevos árboles
delante de estos ojos apenas levantados.
Nada pasó en mis brazos cuando se vieron solos.



Frida

Fernando Corona

Hablar de Frida es estar en su cabello,
voltear al día nublado y contemplar el sitio
donde uno quiere andar sin miedo,
tomar con las dos manos el rostro distraído
y desgrefiar su aspecto de fiera contenida.

Caminé a su lado tal vez unas semanas,
el tiempo suficiente para engendrar la sombra
que viene a despertarnos cuando sólo hay recuerdos.
Un día basta a veces, un rato, una ocurrencia,
y la hora más bella de pronto es una cifra.

Recuerdo bien sus piernas y su vestido oscuro,
sobre todo la noche en que leí a su lado,
frente a un público escaso y una lluvia indecisa,
los versos que pedían quedarse en su cabello.
Pero también las letras de pronto ya no existen.

No importa hablar de Frida porque voltrear a verla
me impide contemplar las nuevas flores.
A diario hay un encuentro y al menos un olvido.
Hoy vine a recordar que vi sus ojos
y a desandar el paso que me trajo a estos versos.



Paúl Núñez

Agenda oculta

María Elena Sarmiento

En el lujoso restaurante, sólo hay una mesa ocupada aparte de la nuestra. En ella, el hombre le entrega un estuche a la joven que tiene al lado. Ella lo abre y descubre un anillo de compromiso. Él se acomoda el bigote; necesita callar a las lenguas maledicentes que sugieren que es homosexual y asegurarse a sí mismo que no lo es. Esa boda es justo lo que necesita.

Ella se lleva las manos a las mejillas, con cara de sorpresa. Finge que lo piensa un momento. Mientras asiente, se pone el brillante en el anular y besa a su pareja con ternura. Lleva meses esperando este momento. Sabe que con él tiene asegurado un futuro estable, tal vez un poco aburrido, pero con la comodidad que ha soñado. Al fin va a poder dejar a los roomies escandalosos. Lo que necesita es al menos un lugar limpio donde dormir.

La mesera llega a preguntarme si espero a alguien más. Ella no sabe que tú me acompañas. Lleva puesta la sonrisa que le exige el capitán. Ya no soporta los zapatos, pero no piensa renunciar hasta aprender las recetas que hacen que alguien esté dispuesto a pagar \$640.00 por un filete. No puede sufragarle la carrera gastronómica a su hijo, pero sabe que con ciertos conocimientos, a él le pueden dar una oportunidad en la competencia. Entra a la cocina cada vez que puede y lo hace con la sonrisa que debería tener reservada para los clientes.

El capitán está pendiente. Después de todo, ella tiene unas nalgas legendarias con las que él ha tenido varios sueños eróticos. Todo seriedad, le pide que me vuelva a ofrecer más vino para hacerla caminar enfrente de él.

Yo me doy vuelo observando. Procuero sostener una cara de ingenuidad para que nadie se dé cuenta de que les voy a robar su historia. Sólo a través de ella lograré que me acompañes hoy.

Y tú, mi voyerista preferido, ¿no tienes una agenda oculta? Sin tener que cambiar tu expresión facial, sigues leyendo hasta el final porque a todos nos gusta enterarnos del chisme. Uno siempre cree que al leer va a encontrar algo de la vida más profunda del personaje y lo que encuentra a fin de cuentas es algo sobre uno mismo.



Como si fuera mi agua

Yamil Narchi Sadek

Como si fuera mío, el estanque.

Como si fuera mi aliento,
el tiempo verde y violeta
que reflejaba el sol.

Cristal

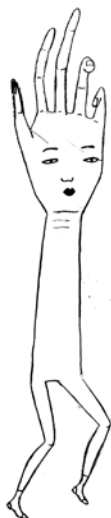
mi cuerpo,
cuerda que tu risa tañe.

Caramelo

el torbellino

de pasar sobre las rocas.

UN HIJO DEBE
SER COMO UN
BRAZO QUE SE
TE DESPRENDIÓ
Y SE ECHÓ
A CORRER



SOFIA
WEIDNER

Porque entre tanto ruido

Yamil Narchi Sadek

Porque entre tanto ruido
solamente sale en claro
la belleza,
me da por explorar
estas duplicidades del tiempo
y entro al juego
del camuflaje.

Encuentro a veces la belleza,
pero no el dobléz para que anide.

COMO CUANDO
EL ALMA QUIERE
QUETARSE A LAS
TRES DE LA MAÑANA



Medalla de guerra

Virginia Meade

Correr me hace sentir maravillosa. Voy con el viento y más rápido que él. Rompo la barrera invisible entre la tierra y el espacio, avanzo hasta que las piernas y los pulmones no pueden más. Mi grito de guerra es ¡A qué no me alcanzan! La meta: la entrada de mi casa. Salimos con la energía y el entusiasmo que nos da una barra de chocolate derretido por el calor. Empieza la carrera, todos juntos, tocándonos los brazos y luego se crea un espacio mayor entre nosotros. Las calcetas son testigos de los juegos y travesuras; terminarán negras, los zapatos se las comen, no sé si es por el sudor, las jaloneo para que no me lastimen los pies.

Dejo atrás a mis compañeros y me quedo sola oyendo mi respiración. Sin remordimientos, sigo corriendo, sintiendo en los pies el ardor en cada pisada; salto los charcos de lodo que me salpican la cara y el vestido, miro hacia abajo cómo aparecen y desaparecen con ritmo las puntas de los zapatos y de nuevo el camino. Corro en línea recta, luego en diagonal mirando el horizonte. Las huellas quedan marcadas sobre la tierra, abro los brazos y siento la fuerza, me concentro en los movimientos de mi cuerpo: pierna derecha, brazo izquierdo, pierna izquierda, brazo derecho. Levanto la frente. El aire es frío. Recuerdo cómo respirar para no perder la velocidad. Volteo la cara para ver dónde están los demás. Nadie. Sólo veo el llano.

Atardece, me parece que el sol es de oro; las nubes son franjas anaranjadas; me distraigo admirando a los zopilotes que planean muy arriba y despacio, son negros y enormes. Frente a mí veo algo gris que va creciendo y no reconozco; escucho los gritos de mis amigos detrás de mí y trato de verlos, pero no quiero detenerme y corro aun más hasta que de repente todo es negro. Siento cómo me deslizo hacia el suelo y un dolor ardiente en mi rodilla derecha.

Estoy tirada, oigo que llegan mis amigos, están agitados, no los entiendo con claridad, es como si estuviera dentro de una burbuja, las palabras se oyen lejanas; sé quiénes son. Murmuran entre ellos. Toso. La burbuja se rompe. Con temor preguntan:

—¿Estás viva, puedes moverte?

—Creo que sí estoy viva.

Gritan:

—¡No se murió!

Me ayudan a ponerme en pie, uno a cada lado, y poco a poco caminamos a mi casa. Cuentan cómo me vieron:

—Te estrellaste contra el muro. ¿No lo viste?

—Rebotaste hacia atrás como una liga, fácil cinco metros.

—¿Ya vieron el huesote de la rodilla y cómo escurre la sangre?

—No, no lo vi —contesto, veo la columna de ladrillos y varillas que suben hasta el cielo—; ¿qué es esto?

Alguien dice:

—Se llama castillo, es lo que hace que una pared no se caiga. —¿Reboté cinco metros?

Grito:

—¡Qué susto! ¿Me quitarán la rodilla? ¿Volveré a correr? ¿Podré jugar mañana? —Me detengo para preguntar—: ¿quién me ganó?

Los días fueron aburridos y largos. Mi pierna estuvo inflamada y doblarla era imposible. Después se pintó de morado y amarillo. Me entretuve mirando como surgió la costra café, dura; siento las subidas y las bajadas cuando la toco.

Me dicen que no me rasque porque la cicatriz será muy fea y es para siempre. Asusta. La costra ocupó la mitad de la rodilla y tenía 7 años.

Mi recámara tiene una ventana y desde ahí miro el llano que no tiene fin. De repente se forman torbellinos, pero viven poco. Nada crece en él, aunque sí hay bichos. La orilla de la costra se está levantando y me da comezón. La observó y la toco; algunos cachos se empiezan a romper.

Me quedó una cicatriz muy grande, a veces me parece fea, otras la veo como una medalla de guerra.



Paúl Núñez

Papeleos

Cecilia Durán Mena

¿A qué edad puede un ser humano empezar a recordar? ¿Desde cuándo una criatura puede forjar recuerdos? Nadie me sabe dar una respuesta convincente. La memoria auditiva es poderosa, o eso dicen los expertos. Cada que oigo el sonido del serrucho contra la madera la mente se inquieta, la memoria se alborota. No sé si lo que le voy a contar es un recuerdo o un pastiche formado por lo que escuché decir a tanta gente. No puedo meter las manos al fuego sobre la exactitud de las imágenes que se me alojan en la memoria. Pero ¿qué saben ellas, si la nitidez con que se me revelan me hace sospechar que son ciertas? Evocar me pone la piel de gallina. Insisto en aclarar que no lo sé. Tal vez se trate de un mecanismo con el que el cerebro mezcla lo vivido, lo escuchado, lo sentido y lo revuelva con un poco de fantasía para darle coherencia a la vida. No lo sé. A estas alturas ya todos saben que siempre he tenido una imaginación inquieta. Forme usted su propio criterio, ya sabemos que la verdad se encuentra detrás de los sentimientos y sensaciones, pero se sustenta en los hechos.

El hecho es que llegué al pueblo el día que ejecutaron a mi padre. Lo acusaron de haber asesinado a mi madre, pero eso no fue verdad. Nunca sabremos la verdadera causa, si fue la mala fortuna, si se trató de una venganza, si papá se metió en un lío y para sacarlo de en medio le inventaron un crimen. Lo que sí sabemos es que fue condenado por asesinato, por un crimen que no cometió. Mamá y yo corrimos de la estación del tren a la comisaría para hacer patente la injusticia. Pero, los trámites y los papeles hicieron que todo se volteara de cabeza y llevaran a un inocente a ser ejecutado frente a su hijo y a su esposa que, claramente, no estaba muerta. Así son las sentencias en tiempo de guerra, rápidas para ser consumadas, aunque se trate de una aberración.

Nos entregaron el cuerpo de mi padre una semana después de que llegamos al pueblo. Y, de no haber sido por la generosidad del cura, el cadáver habría terminado en la fosa común. El funeral fue muy rápido, dadas las circunstancias. No hubo misa de cuerpo presente ni pudimos rezarle un rosario por el eterno descanso de su alma. El calor era insoportable y las condiciones del cuerpo no dieron para más. Los sepultureros cavaron una tumba en el panteón que está a un costado de la iglesia y en la que todavía se encuentra una lápida de piedra en la que sólo se leen las iniciales de su nombre. No hubo para más: ni tiempo ni dinero. Cada que le pregunté a mi mamá por qué mataron a mi papá, siempre me respondió lo mismo. Una sola palabra bastó: papeleos.

Pero, si usted me pregunta qué recuerdo sobre ese día, con toda sinceridad le puedo contestar que mucho. Sobre todo, de ese ruido del serrucho cortando madera. Entiendo que me mire de esa forma. Parece increíble que un

niño de tres años, bueno, casi cuatro, pueda acordarse de tantas cosas. El día de la ejecución fue una semana antes de mi cumpleaños, enterraron a mi padre el mismo día en que nació. Creo que por eso no me gusta festejar esa fecha. No se crea que los hechos llegan a mi mente en forma ordenada. Creo que el orden se lo he ido dando yo conforme han pasado los años.

Lo primero que recuerdo es a mi madre sentada en el vagón del tren, apretando un libro de oraciones contra el pecho y apachurrándome la mano entre sus dedos. Se mordió el labio inferior durante todo el trayecto y pegaba en el suelo con los tacones de los zapatos negros de charol que llevaba puestos. Iba con un vestido negro de encajes en el cuello y en los puños y un sombrero con velo que le cubría media cara. Me acuerdo de que yo tenía mucha sed y que ella me decía que me aguantara porque ya no faltaba mucho para que llegáramos. De todas formas, al llegar tampoco tomé agua. Hacía un calor seco y el polvo me picaba la garganta. Fuimos los únicos en bajar en aquella estación terregosa.

Aunque hacía aire, el viento que soplabla era caliente. Se me encendieron las mejillas y empecé a sudar mucho. Mamá también, se pasaba el pañuelo por la frente, por la nuca, por el cuello casi a cada paso. Vi pelotas de varas que rodaban a un lado de las vías del tren y la tolvanera nos obligó a taparnos la boca y a cerrar los ojos. Casi puedo escuchar a mamá tosiendo. La estación estaba sola y de este recuerdo no me fio mucho porque la imagen es la de un set de película de Hollywood, de esos que usan para representar los pueblos fantasmas del lejano Oeste. Pero, lo que casi le puedo jurar es que el sol brillaba por todo lo alto y que caía directo sobre la cabeza porque la sensación del coco caliente es muy vívida. No había nubes en el cielo. Tampoco puedo asegurarlo, pero había una especie de bruma que se formaba por el polvo y el reflejo de la luz en la tierra. Dolían los ojos.

Recorrimos a pie el camino entre la estación y el pueblo. Al pasar todo eran huizaches, cactus y tunas. Arbustos secos. Tierra. Polvo. Aire. Mamá trastabillaba, los pedregones y los tacones de aguja no se llevan bien. Hubo partes en las que se quitó los zapatos para continuar descalza, pero se los ponía porque era imposible que siguiera lastimándose. Yo quería que nos sentáramos a descansar, pero nada más nos deteníamos unos segundos para recuperar el aliento.

Ahí es donde el recuerdo enflaquece. Es verdad, la distancia entre la estación de tren y la comisaría no es tan larga como yo la recuerdo; tampoco lo es la calle principal del pueblo. Y ya ve, la mente me la pone larguísima. Seguro es que cuando uno es niño todo se ve más grande, más ancho, más lejano. Tenga en consideración que la estatura es un factor que distorsiona la percepción. Hoy, el escritorio del comisario me llega abajo del cinturón, en aquellos días no alcanzaba a ver lo que había encima. Sólo veía el fondo de contra placado y el montante de lo que yo creía que era una mesa.

Mi madre tomó asiento y yo me quedé parado junto a ella. Como estaba muy cansado, puse la maleta con nuestras cosas en posición horizontal y me senté encima. El sonido del serrucho cortando madera se escuchaba cerca. Mamá seguía chocando el tacón contra el piso mientras le daba a un señor, que yo creo que era el alguacil o el militar que estaba a cargo —no lo sé, no alcanzaba a ver la cara del hombre que le pedía los papeles a mi mamá— todos los documentos. Para serle honesto, lo que le voy a contar yo creo que la mente lo acomoda como recuerdo, pero seguro tiene que ver con lo que mi mamá me contó. Ni modo que una criatura de casi cuatro años recuerde qué tipo de documentos le pidieron. Pero, sé que le pidieron su acta de nacimiento y de matrimonio. Y, también que mi mamá hizo mucho énfasis en que el oficial supiera que yo era hijo del condenado. También le mostró el telegrama por el que se enteró de la fecha de ejecución.

Entonces, le vi la cara.

Mi madre me tomó en los brazos, me alzó en vilo y me mostró como si se tratara de enseñar un paquete de suma importancia y de inmediato me dejó en el suelo. El hombre usaba una gorra verde, traía unos lentes redondos sobre los ojos y una cortada le dividía en forma diagonal la barbilla. Mordía un puro que estaba apagado. El del serrucho seguía cortando madera. El oficial se paró de su asiento, le dio la vuelta al escritorio, se ajustó los lentes y se puso de rodillas para verme mejor. Olía a sudor. Me tapé la nariz.

—A esta criatura le va a hacer falta su padre, si sigue con usted, me lo va a volver un marica. Mírele nada más la cara, parece un angelito de esos que tiene el cura en el templo. ¿A poco éste es hijo del condenado? Ni se parece. ¿Y estos caireles? Córtele el pelo, no se lo vayan a confundir y se crean que es una niña. Con esos pelos güeros parece muñeca. ¿De veras es hijo del condenado?

—Le acabo de dar su acta de nacimiento.

—Ahí está lo malo, mi alma. Yo no sé leer. Vamos a tener que esperar a que llegue el cabo Ramírez para que me diga si lo que usted me trajo es lo que dice que es.

—Oiga, pero, ya vio qué hora es.

—Ahí está lo malo, el cabo Ramírez se fue a comer y regresa después de la hora de la siesta.

—Se nos acaba el tiempo, señor.

—Ni a usted ni a mí ni a su angelito se nos acaba nada.

—¿Nadie más le puede leer la documentación?

—A lo mejor el corneta Salgado.

—¿El corneta?

—Sí, el que se encarga de dar el toque de corneta para marcar las horas del cuartel. Creo que él sabe leer.

—Y, ¿por qué no le pide que le lea los documentos?

—Ahí está lo malo. El corneta Salgado tampoco anda por aquí. Pero si quiere, lo puede ir a buscar a la cantina.

—¿A la cantina? Yo no puedo pasar.

—Ahí está lo malo, usted no puede pasar.

—Oiga, se nos acaba el tiempo. Por favor, ayúdeme. ¿No hay alguien más que sepa leer?

—Tomás, el hijo del carpintero. Creo que me dijo que algo aprendió en la escuela.

—Hágalo llamar, se lo pido.

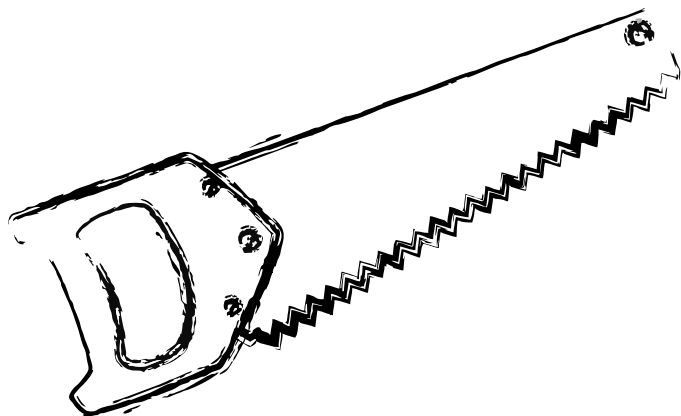
—Ahí está lo malo, el hijo del carpintero está bien ocupado. Tiene que acabar el cajón a tiempo, si no ¿dónde vamos a meter al condenado después que le llegue la hora? ¿A poco no lo oye? Está trabaje y trabaje.

—Ayúdeme, se lo suplico.

—Ahí está lo malo, mi alma, yo no la puedo ayudar.

—¿Qué hago?

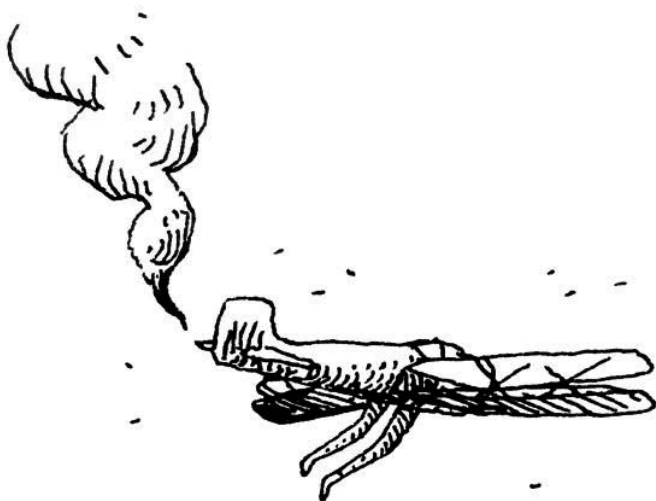
—Llévese a esta criatura de aquí. No estaría bien que vea como ejecutan a su padre, ¿o, sí?



Avión

Andrea Fischer

Quién sabe cuántas veces sea necesario que te sobrevuele para que finalmente me dé cuenta de que no te voy a conocer nunca. Aún así, tienes buen lejos: mirarte desde arriba siempre me ha provocado cierta incertidumbre que me eleva más, más, más. Dime Ícaro si quieres. Ícaro bien cerquita del sol con alas de hierro. Ya no de plumas y cera, porque sabemos qué le pasó a ese griego del laberinto. Lo cierto es que ya no me hace falta mirarte con binoculares ni telescopios. Conozco ya tan bien tus territorios que puedo recitarlos de memoria, aunque esté varios kilómetros sobre el suelo. Raspar el oleaje de las nubes no me molesta, porque es como bucear entre cúmulos de gas cálido: ya ni siquiera veo a los pájaros, que rompen el aire como peces que se buscan camino entre las corrientes de agua, porque estoy tratando de recordar los pliegues más escondidos, más oscuros, de tus campos de rosas en flor. Y es que por buscar los límites más precisos de tus múltiples archipiélagos he dejado de sentir las varias averías que tantísimos viajes hacia ti me han ocasionado. Ahí está otra vez ese motor que se tarda en reaccionar, o el ala casi-rota que se niega a desplegarse por completo, como si fuera yo una carcacha. Pero bien sabemos todos que no es así: puedo echarme carreritas con el sol todavía hasta que el cielo se ennegrece y las estrellas bailan, suaves, tiernas, riéndose despacito, en esa bóveda de cristal cortado que surco, con tal de verte desde arriba una vez más.



Santiago Moyao



Santiago Moyao



Vendedor en Taxto, Guerrero, **María Fernanda Merino**



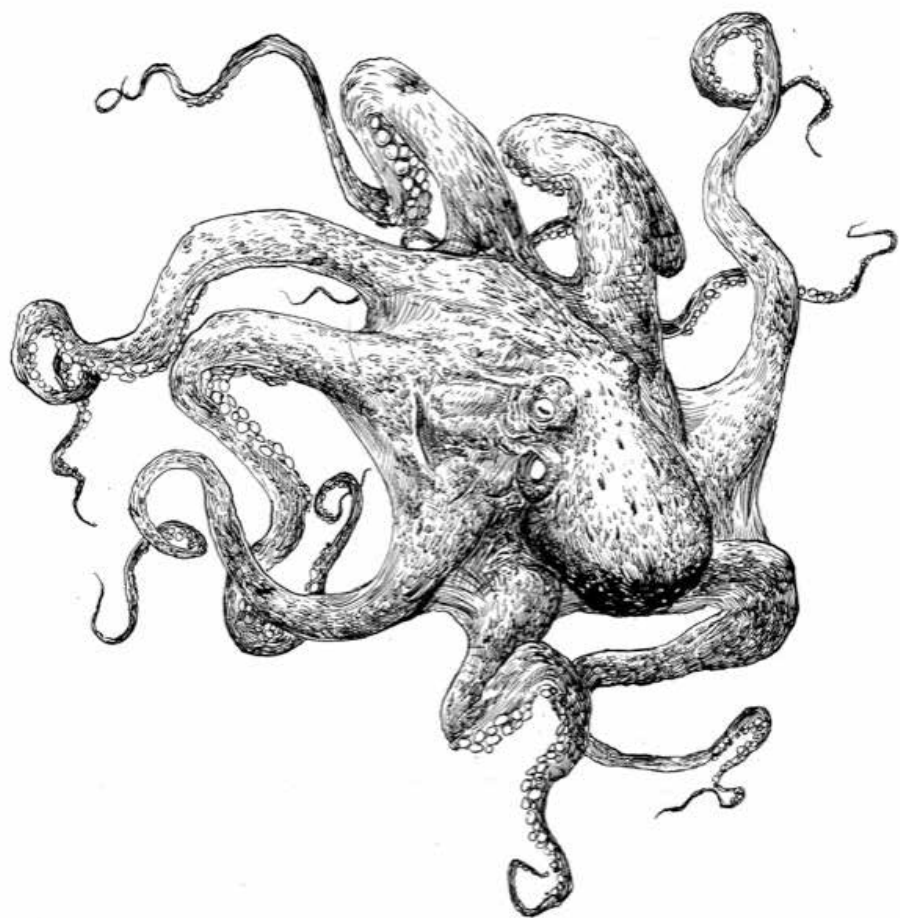
*Profundidad de miradas con Amira Azar, **María Fernanda Merino***



Sin título, Alessandra de Zaldo



Sin título, Alessandra de Zaldo



Pulpo, **Santiago Moyao**



B E A U T I F U L P L A C E S

Serpiente, Santiago Moyao



Tiempo de lluvia (Colombia, 2017), **Juan Sabogal**



Bajo la lluvia II (Colombia, 2017), **Juan Sabogal**



La vaquita, Yola Reyes

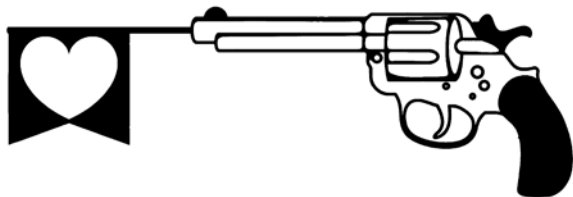


La última y nos vamos, Yola Reyes

Dos caras

Alessandra de Zaldo

¿Podrás escapar de tu destino? ¿Podrás huir de la verdad? ¿Podrás descubrir...? Pero no harás nada de eso, no descubrirás más allá de lo que ya conoces. Te quedarás con los brazos cruzados y no mirarás a tu alrededor para ver a quién has lastimado. Sabes la verdad y en vez de ponerla de tu lado, la pones en tu contra, enterrándote entre nuevas mentiras. Y de tu destino, de eso no puedes hacer nada al respecto. Morirás sola, sin nadie. Pero eso a ti no te importa. Al fin y al cabo así nacemos, solos. Pensarás que la razón por la cual existes soy yo, “tu único amor.” Pero no es así. La razón por la cual te vas a ir de este universo soy yo. Te mataré con cada una de las palabras que te diré. Espera, no. Te enamoraré con cada una de las mentiras que te diré. Al final no hay diferencia, de todas maneras morirás por mi culpa. Pobrecita, tan ingenua. Pero eso te encanta, ¿no? Te fascina que te lastimen una y otra vez, sólo para que puedas sentir algo. Lo que sea. Deseas sentir dolor porque la felicidad y la libertad ya no existen para ti. Vamos, agarra una pistola y termina con tu sufrimiento. ¡Claro que lo ibas a hacer! Quieres sentir la adrenalina de estar cerca de la muerte porque ya no hay sorpresas en tu vida, todo es neutral. Amenazas con asesinarme y me haces quedar como un maldito, pero no es mi culpa. ¡Bam! Un balazo directo a tu cabeza. Silencias tu dolor y callas mi voz diabólica, producto de tu trastorno de doble personalidad.



Paúl Núñez

Ensayando

Beatriz González Rubín

Te advierto que es la última vez que te atreves a gritarme— la voz era ronca y firme.

Parado frente al espejo ensayaba el discurso que desde muchos días atrás había estado preparando. Esta situación tenía que terminar. La próxima vez que la tuviera frente a él se lo diría: no era posible que lo siguiera tratando de esa manera, y lo peor, es que lo hacía frente a sus amigos. Por supuesto era el hazmerreír de todo mundo. Nunca dejaba que él tomara sus propias decisiones, a tal grado que ella escogía la ropa que él usaba, opinaba que tal o cual amigo no le convenía, en pocas palabras: dirigía su vida.

Estaba dispuesto a hacer frente a todo y, si ella lo echaba de la casa, se iría. Ya buscaría donde vivir. Eso no lo iba a detener. Estaba preparado para decirle lo que pensaba de ella: él estaba de acuerdo en que no había actuado correctamente, pero esa no era razón suficiente para tratarlo así.

Oyó ruido en la escalera; había llegado el momento. Se sentó sobre la cama para esperarla. Lentamente los sonidos de los tacones se fueron acercando. Cuando ella entró en la habitación se encontró con un pequeño de escasos ocho años, que corría a su encuentro con la cara sucia y los brazos abiertos diciéndole: ¡Perdóname, mamita!



Eduardo Caballero

Lágrimas

Enrique Garza Bandala

Jacinto despertaba cada mañana para descubrir, con una mezcla de horror y decepción, que seguía vivo; vivo para extrañar a Irene, vivo para esperar la muerte; la vida, ese regalo maravilloso, había transfigurado en un martirio insoportable. Otro día para llorar. Nuestro amigo se hacía bola bajo las sábanas y se le escurrían unos lagrimones que empapaban la almohada. De un tiempo para acá esa cálida guarida ya no le brindaba consuelo alguno, suponía un subterfugio pueril, un intento fallido para escapar a un dolor que lo había arrinconado como se hace con ratas a las que se sorprende en la alacena robándose los cereales.

Las cosas que un día le dieron felicidad ahora le eran indiferentes. No había música, novela o pasatiempo que le proporcionara placer y es de todos sabido que sin ilusiones los seres humanos no pueden sobrevivir. Comía por necesidad, sin gusto, era un autómata inaccesible y su funcionamiento tomó mecánico y vacío. Lo dulce mudó en amargo, el bistec más jugoso asemejaba un trozo de cuero y los guisos que en su momento deleitaran su paladar se le antojaban ahora burdos e incluso insípidos.

La decadencia de su alegría se sucedió brusca, imperceptible, constante; su Waterloo emocional era una amalgama de momentos cuya fuerza emulaba la de un tsunami: “no me vuelvas a buscar”, “¿cómo pude ser tan tonto?”, “sin ti no podré vivir” y la recreación mental de lo bueno y lo malo, películas infames que proyecta la memoria; eso y mirar a las parejas caminando por las calles de la mano en perfecta simbiosis: la gente es muy cínica y cuando está enamorada no tiene ningún reparo en besarse a cielo abierto, ya sea en ruedas de la fortuna o durante paseos en calandria. Jacinto no lo soportaba, deseaba eso y más, besocena-baile, amanecer entre los brazos de su amor perfecto, pero su final feliz le era negado por efecto de un retorcido designio cósmico. Se percibía como un juguete de las circunstancias, un gato persiguiendo una lucecita o un perro al que se le engaña y se le abandona en una vía rápida de la ciudad. Construyó castillos en lo alto del paraíso y ahora sólo quedaban escombros, materiales inservibles con recuerdos atrapados, necesidades agónicas y como único sobreviviente un deseo lacerante que le quemaba las entrañas; un corazón damnificado como el suyo no encontraría albergue en igual proporción a su entrega y sacrificio.

Ya no se levantaba de la cama. En un momento dado encendió la radio para distraer su oído, las últimas palabras de Irene todavía resonaban en su cabeza; quizá una canción adecuada podría acallar los ecos de ese doloroso pasado inmediato; el insensible cachivache escupió el tema *The Loser* de Derrick Harriot: “...my lonely days and my lonely nights, girl... on the outside looking in, dreaming of holding you tight...”. Se levantó de un salto, arrojó el aparato al suelo y lo pisoteó, qué días y noches de soledad ni qué nada, pensó, esos programadores se ríen de la desgracia ajena.

Regresó a su lecho para largarse a llorar. Era uno de esos llantos lastimeros de alma en pena, arrastraba recuerdos tristes como las cadenas de un espanto; era un lamento inconsolable, húmedo, copioso, las sábanas quedaron impregnadas de miseria; era impresionante el volumen de líquido vertido por sus lagrimales; se sintió ridículo y avergonzado como si fuese una magdalena en un carnaval. Los tapetes se arruinaron, la madera del piso se hinchó por la humedad, los tablonces se desprendieron y flotaron cual balsas en medio del océano. Todo objeto era arrastrado por la indómita corriente. Una cascada se precipitó desde el sexto piso estrellándose en la banqueta para provocar accidentes viales; un concierto de gritos y claxonazos no se hizo esperar. El cauce de ese Amazonas arrastraba coches, gente, animales de todas clases, incluso una jaula con una pareja de periquitos australianos se sumergió hasta desaparecer; era una escena del fin del mundo.

Jacinto no podía detener aquel torrente. Los cuadros de su departamento se fueron flotando, unas cajas que le habían dado a guardar fueron pasto de la marejada. Con los ojos anegados dio un par de brazadas en pos de un disco de Valentín Trujillo que se le escapó de las manos por la fuerza de las aguas, ¿ahora qué cuentas voy a rendir?, reflexionó a pesar de ser ese el menor de sus problemas. Nadó sobre la avenida entre basura, vadeando entre las copas de los árboles; embargado por la tristeza lloró con renovados bríos; al llegar a la cúpula de la iglesia logró detenerse aunque no por mucho tiempo, pues esa campana resbalosa y enlamada rechazó su abrazo como una amante despechada. Más acongojado estaba, entonces el cielo tronó y la lluvia se sumó al cataclismo.

Cuarenta días lloró, cuarenta noches llovió, y la Tierra dio sus respectivas vueltas al sol. Sobrevivió de milagro alimentándose de cosas que encontraba a su paso; cajas repletas de conservas; mermelada de melocotón, pan negro, almendras, latas de arenque, navegando a la deriva; pero, ¿quién come estas cosas?, murmuró para sus adentros, parecen las provisiones de un trasatlántico naufragado. Simplemente se dejó llevar. Se sumergió en las profundidades. Su ciudad era un remedo de la Atlántida, sucia, derruida, casi irreconocible; distinguió su antigua escuela, recordó su primer beso y su casa de niño; sus novias desfilaron una a una por su mente; al emerger de las profundidades plañó a sus amores fallidos por lo que un día fue, por lo que ya no es y por lo que ya no será. Sollozó por sí con huesos adoloridos, la sangre quemaba sus venas como si fuesen trozos de hielo, la corriente se hizo irresistible arrastrándolo al fondo; su último anhelo fue reunirse con Irene, boqueó por reflejo hasta perder el conocimiento; su cuerpo inerte sobre la calzada adoptó una postura absurda y en su rostro hinchado se dibujó una sonrisa un tanto bobalicona: en Hawái la temperatura alcanza los treinta grados centígrados en el mes de abril.



Paracetamol para los hipersensibles

Vanessa Puga

—¿Has visto a tu abuelo?

—No, pero creo que por allá anda mi papá.

—No me extrañaría. ¿Tiene mucho que lo viste?

—Sólo lo vi pasar, hace un rato, apenas de reojo. Estaba acabando lo de mi trabajo y no presté tanta atención.

—Mmm...

Mi mamá se fue de mi cuarto. Volteé a ver mi celular para ver la fecha: 24 del mes. ¡Claro! No debería extrañarme que por eso el abuelo y mi papá estuvieran haciendo rondas. Procuré concentrarme en mi texto, la mirada fija en la pantalla, sin voltear, aunque sintiera a alguien observándome.

A veces las personas son más sensaciones que presencias. Uno entra en un sitio y presiente a la gente que está ahí. Su humor, su alegría o su disgusto. Si se es lo suficientemente sensible, hasta sus enfermedades y el cambio apenas perceptible en la respiración del que está por soltar este plano existencial. A veces, esa sensibilidad es una maldición. Voltear a ver a alguien y pensar “mañana no despertará” es casi tan desgarrador como el hecho de que en efecto alguien no despierte al día siguiente.

—¿Puedo ir a trabajar a tu casa? —le pedí a un amigo un día 26 del mes. Al siguiente, fue a mi mejor amiga. —No soporto estar en casa.

—Claro, ven—respuesta empática prediseñada.

No podía pedir más. Tampoco podía explicar que no soportaba estar en casa porque escuchaba los pasos de mi papá en el pasillo, lo sentía caminando de su cuarto a la cocina, lo sentía sentado en la sala rezando y meditando. Mi corazón se volvía a parar. Ni todo el paracetamol del mundo iba a aliviar esos microinfartos.

Tal vez por eso, eventualmente, opté por regresar a trabajar en una oficina. Tanta ausencia a mi alrededor debía llenarse con presencias nuevas: llenar los nuevos días 25, los siguientes 26, los imparables 27...

El problema de la muerte no es para el muerto, es para los vivos: seguir adelante. La muerte le deja a los vivos un vacío que duele. Y no es un eufemismo: un corazón roto duele. En algún lado leí que incluso tomar paracetamol está recomendado. Como si fuera un dolor de cabeza o dolor muscular. El sufrimiento emocional desgarrá el corazón, lo detiene por un momento, lo golpea. Por eso:

paracetamol. ¿Y el vacío? ¿Ése con qué se llena? ¿Ése con qué se supera?

Pero ¿quién elige las presencias? Podemos estar rodeados por un ejército de ánimas y seguir tan solos y abandonados como al inicio. De nuevo: el vacío. Al vacío no lo calma el paracetamol.

—He estado soñando a tu papá.

—Anda rondando por acá—respondí, sin pensarlo. Volteé a ver a mi mamá. ¿Sentir a mi papá le causaba un nuevo golpe a su corazón? ¿Debía ofrecerle paracetamol?

Llevaba una semana sintiendo a alguien en la casa. Fue fácil asumir que era mi papá. Cada cierto tiempo lo sentía. Aunque quizá era mi abuelo, a final de cuentas estábamos cerca del primer aniversario luctuoso.

Cuando uno sigue sintiendo las presencias ¿podemos hablar de vacíos? Y si no son vacíos, sino sensaciones ¿podemos decir que los vivos siguen adelante? Hubo una época en la que temimos que nuestro duelo no estuviera dejando avanzar a mi papá. Sin embargo, hubo momentos en los que yo me preguntaba si no era a la inversa: él no quería ser ausencia y, por lo tanto, seguía presente, sin dejarnos avanzar a nosotros. ¿Miedo al olvido? ¿Los muertos pueden temer su propia ausencia?

—Soñé a mi papá. Me dijo que estaba orgulloso de mí. Como esa vez en el hospital. Ese sueño fue feliz. No como el del año pasado, cuando me dio bronquitis.

—¿Por qué, chiquilla? —me preguntó mi amigo.

Sonreí, esa sonrisa medio rota, medio nostálgica:

—Estaba en mi cuarto, adormilada. Escuchaba afuera el ruido propio de abrir la alacena, de mover trastos: mi papá estaba preparando el desayuno. El olor a tocino crocante era lo que me había despertado. Mi papá entraba al cuarto a decirme “Buenos días, guapa, ven a desayunar porque necesitas energía para recuperarte”. Pero yo sabía que era un sueño y no quería abrir los ojos para que él no se fuera y al mismo tiempo, quería verlo, abrazarlo...

—¿Y lo viste?

—No—los ojos se me llenaron de lágrimas—, simplemente lo sentí. Pero sí me desperté, maldita sea, y no lo pude abrazar.

Mi amigo me dio ese abrazo pendiente. No pude llorar. El vacío se tragó las lágrimas.

Mi mamá siempre dijo que yo era muy sensible. “Veo gente muerta” sería motivo de burla, como un meme. Pero es una forma de explicarlo. Aunque no los veo. Los siento. Hipersensibilidad. Una sombra que pasa, unos pasos que sólo mi perrita y yo escuchamos. Una puerta que se cierra cuando en realidad nunca se abrió. Guiños que apuntan a un desequilibrio mental si le preguntan a los más

estrictos y cerrados de mente. Un don si le preguntan a los más esotéricos. Mi realidad, ni buena ni mala, si me lo preguntan.

Esa sensibilidad explica también mis dejá vu y la vez que supe, por culpa de un sueño, que mi papá moriría pronto. No menciono esas cosas en voz alta, no suelen ser las mejores historias para las reuniones. Uno se acostumbra a callarse algunos aspectos de su mente. Al vacío le gusta ese silencio: lo alimenta.

Todos los que han vivido una pérdida dicen que no se supera, sino que se aprende a vivir con ella. La vida sigue. No hay que aferrarse. Pero es normal, es natural, que haya días tristes, nostálgicos. Los duelos no se terminan del todo. Se clavan en el ADN y uno de acostumbra a los días azules. Si son demasiados en fila, entonces hay que tomar paracetamol, un té tibio y cobijarse con recuerdos felices. Sin altares extraordinarios. Sólo una buena dosis de momentos mejores, sin idealizaciones. Y al día siguiente, volver a empezar.

Un día 25 se fue mi papá. Un día 25 se fue mi abuelo. Demasiada coincidencia.

Quizá por eso mis muertos rondan mi casa cada equis tiempo: vienen a acompañar a alguien.

Tal vez cada día 25 deberíamos tomarnos un paracetamol, sólo para prevenir. Así como la media aspirina de los hipertensos: un paracetamol para los hipersensibles.

—Acaba de fallecer tu bisabuela.

—Por eso andaban por acá mi papá y el abuelo ¿no? —las palabras salieron de mi boca antes de que las pudiera detener. Era lo que pensaba.

—Sí, tu abuelo vino por ella. Lo último que dijo fue “Jaime”.

Cubetada de agua fría. Hoy es un día 25. De nueva cuenta. ¡Carajo!



Vivaldi antidoping

Carlos Azar Manzur

Llegué a la nueva galería de arte de la Condesa invitado por Fran, un bailarín que participaría en la inauguración. Lo conocí cuando llegó al consultorio a tratarse una lesión del tobillo. Fran baila danza contemporánea, pero su tendencia a lastimarse lo ha convertido en un paciente asiduo del hospital. Que un bailarín se lastime el tobillo es, hasta cierto punto, común, pero lo he atendido por lesionarse una pierna con la punta de un maguey mientras danzaba en un espectáculo patrocinado por una célebre casa tequilera, por haberse clavado una lanza en el hombro, cuando representaba al Quijote en un homenaje a los 400 años del personaje cervantino y cuando un carrito de supermercado lo atropelló al decidir ir del pasillo de blancos al de cereales con una grande jetée. No soy muy afecto a visitar galerías de arte, pero me gusta ver a qué se dedican mis pacientes, sobre todo aquellos que veo de manera constante. Lo que me gusta es la música, en especial la de Vivaldi, la oigo en casa, en el coche y siempre la tengo como ambientación en el consultorio. Vivaldi le ha dado sentido a mi vida. Por eso lamenté que mi antigua esposa no lo entendiera. En la demanda de divorcio, el abogado había dicho que yo torturaba a mi esposa con la misma música, “el mismo concierto, señor juez, el mismo”. Ya sé que Stravinsky dijo que Vivaldi había compuesto el mismo concierto cien veces, pero yo no tengo la costumbre de oír las mismas obras. Qué pena.

La galería era una casa vieja situada en la esquina de Atlixco y Veracruz. Llegué a pie porque me gusta llegar temprano y el tránsito de La Condesa es insoportable. Nos recibieron con un caballito de plástico de mezcal —nos explicaron después— y un trozo de bife de chorizo, pero —nos explicaron después— de soya. La decoración de la casa anterior había desaparecido, así como el muro que separaba la sala del comedor, lo que generaba un galerón amplio. Habían clausurado las ventanas con cartulinas blancas para que las paredes alcanzaran un blanco único, sólo definible como textura —nos explicaron después—; al fondo, donde debería haber estado el espejo que alargaba el comedor —no fue necesario que me lo explicaran—, había un retrato grande de Vivaldi. Sin embargo, parecía que era yo el único que lo miraba. Qué pena.

Unos instantes después empezó a llegar el grueso del público. Nos ubicaron, de pie, en las paredes del galerón porque el espectáculo iba a comenzar. Apareció un hombre que se anunció como el Director de Relaciones Públicas de la galería, nos dio la bienvenida y nos explicó que se presentarían cuatro

acercamientos —dijo— al arte contemporáneo: dos videos, una improvisación dancística, en la que bailarían la directora de la galería, además de —dijo— una sorpresa que nos llenaría de emoción. Al final —dijo— se presentaría Fran en un ejercicio que se llamaba Rizoma deconstruido y avalancha en caracol para bailarín y cúter. Tuve miedo. Qué pena.

Bajó una pantalla del techo —mágicamente—, frente al retrato de Vivaldi. Por fortuna, yo estaba situado de tal forma que podía ver la pantalla y el retrato al unísono. En el primer video, dos personas —un hombre y una mujer—, en una sala de espera de un hospital —eso parecía— discutían. Ella se presentaba inquieta —como una comadreja— y se preguntaba de dónde venía la palabra Chumí —o Shumí—, le sonaba a francés o a sueco. Se veía cómo sacaba el celular para buscar el origen de la palabra. Mientras tanto el hombre en actitud opuesta —con una calma apabullante—, le decía que la palabra significaba labios en rarámuri. Ambos giraban para quedar frente a frente, cuando ella preguntaba con el alma en un hilo: “¿raramurí?, ¿raramurí?”, “rarámuri”, respondía el hombre cuya calma permanecía inalterable. “¿raramurí?, ¿raramurí?, ¿raramurí?”, insistía ella con el corazón en la mano, “¿rarámuri?”, terciaba el hombre con aplomo. Se oía La primavera de Vivaldi, mientras la cámara empezaba a alejarse y aparecía la palabra Fin, y con ella, la música dejaba de sonar. Qué pena.

El segundo video se llamaba Cena en Nueva York con Marina Abrámovic, que empezaba con una aclaración: “los hechos presentados a continuación son reales”. En una gran mesa, varios comensales —vestidos de negro— se alimentaban. Había acercamientos a las etiquetas de las botellas que se bebían, para descubrir que eran vinos caros y coñacs exclusivos. No lográbamos descubrir qué cenaban porque sólo importaba ver los rostros y las botellas. Todos charlaban, pero no se descubría de qué. En el centro de la mesa, había una mujer vestida de rojo. No sólo destacaba por el atuendo, sino porque era la única que no hablaba. Supuse que era Marina Abrámovic. No charlaba con nadie —ni siquiera los miraba—, su rostro se dirigía hacia abajo, como La dolorosa de los cuadros en las iglesias. Los comensales devoraban y bebían sin límite, mientras ella sufría en silencio, hasta que levantó una mano y todos callaron. La artista llamaba a uno de los meseros para pedirle un vaso de leche. Un murmullo general de sorpresa reemplazó el silencio generado por la mano levantada. “¿Leche?”, alcancé a oír. Ante los mejores vinos del mundo y ante los coñacs más exclusivos, Marina Abrámovic pedía leche. Empezaba a oírse el segundo movimiento de El invierno de Vivaldi y con la música, se alcanzaba un ambiente de aceptación por parte de los comensales. “¡Sólo ella pide leche con tal verdad, con tanta autenticidad!”, “¡Sólo ella es capaz de enfrentar las estructuras tradicionales, al mismo tiempo que criticar el capitalismo lechero que domina el mundo!”, “¡Sólo ella ha podido liberarse de los patrones

establecidos desde la cuna para luchar por su individualidad!”; “¡Sólo ella entiende de forma cabal que todo significado y todo significante han dejado de tener validez!” ... “¡Sólo ella!”. El video terminaba así, sin que pudiéramos ver cuando le traían la leche. Qué pena.

Se prendieron los focos y todos aplaudimos —poco, porque atrás de la pantalla que regresaba al techo del origen, ya estaba formado el siguiente espectáculo. Jessica —la bailarina y dueña de la galería— aparecía cubierta de velos, con una mano en la boca y la otra en el pecho. Su cuerpo marcaba el tono muscular de la bailarina o el de la bulimia. Junto a ella, el flautista Horacio Franco —la sorpresa que nos llenaría de orgullo—, cubierto de velos también, sólo que multicolores, y con una flauta dulce, algo grande. Nos callamos pronto. Jessica separó la mano que cubría la boca para preguntarle al flautista: “Horacio, ¿qué es para ti la vergüenza?” La respuesta de Franco fue por medio de Vivaldi, incluso cuando empezó el segundo movimiento del concierto en fa mayor, una luz encendió el retrato del compositor. Jessica se contorsionaba —no puedo decir que bailara— con la música. Cuando Horacio decidía que la obra de Vivaldi había terminado de demostrar de manera clara qué era para él la vergüenza, en ese momento, la bailarina dejaba caer el velo, uno rosa, como el Pepto bismol. Tras una pausa, volvía a preguntar: “Horacio, ¿qué es para ti la estabilidad?” Una nueva obra de Vivaldi —el allegro en mi menor de la Stravaganza— ilustraba la emoción del flautista, mientras la bailarina respondía con nuevas contorsiones. Al final, un nuevo velo, ahora uno verde claro, como el Prozac, cayó. “¿Horacio, ¿qué es para ti el dolor?” Luego de empezar el solo de flauta del *Juditha triumphans* —y las contorsiones correspondientes—, descubrí que quedaban cinco velos en el cuerpo de la bailarina. Estábamos ante una nueva versión —inspirada por Vivaldi— de la “Danza de los siete velos”. De esta manera, Jessica perdió los cuatro velos que restaban, ante las respuestas vivaldianas de la gratitud, la euforia, la indignación y la impaciencia de Horacio; uno azul como el Viagra, uno café oscuro como el Isodine, uno blanco como el Kaopectate, uno rojo como el sarampión, uno negro como el carbón activado. Ante la caída del último velo, Jessica quedó con un leotardo que le cubría todo el cuerpo y empezó a girar. Delante tenía el rostro de Vivaldi y atrás el de Marina Abrámovic. El público aplaudió, pero Jessica dejó el escenario, molesta porque había pedido —lo supimos después— que nadie aplaudiera, porque el aplauso es la limosna del creador y ella no vivía de limosnas. Horacio quiso cubrir los gritos que venían del fondo, atrás del retrato de Vivaldi, con la repetición del concierto en fa mayor, pero fue inútil. Qué pena.

Llegaba el turno de Fran —finalmente—. Se apagaron los focos y empezó a oírse el Gloria de Vivaldi. Fran traía patines y bailaba en desorden, sin ton ni son —“como son los rizomas”, me explicó más tarde—, alternaba pasos cortos y movimientos amplios de los brazos con grandes saltos y giros

frenéticos, como si patinara en hielo. De pronto se detenía para hacer un movimiento extraño con los brazos, como si apuñalara a alguien, y volvía a girar. Pensé que iba a marearse. Qué pena.

El final fue muy emocionante: llegó al centro del escenario con giros lentos que empezaron a acelerarse —“como Brian Boitano”, oí que decían atrás de mí, pero no pude ver quien—, aumentaba la velocidad —“como Oksana Baiul”, dijo una señora que no identifiqué—, Fran giraba sobre su eje y casi perdía su forma —“como Serguei Grinkov, pero sin Yekaterina Gordeyeva”, dijo una mujer pequeña instalada a mi costado—. La velocidad de los giros menguaba sobre un eje, pero Fran se detuvo de manera abrupta. Con un movimiento brusco y veloz, como de mago, extrajo un cúter de la bolsa trasera del pantalón y con la misma rapidez, justo cuando acababa la música de Vivaldi, se lo clavó en el hombro izquierdo. Así terminaba su baile. Qué pena.

La sangre empezó a caer al piso. Los asistentes, horrorizados con el goteo rojo, prefirieron salir del lugar. También salió Jessica, que permanecía gritando, su asistente tras ella para ser depositario de los gritos, y Horacio, pero sin flauta. Sólo me acompañaba el retrato de Vivaldi. Esto favoreció mi trabajo, la multitud hubiera complicado la intervención médica. Mientras limpiaba para detener el flujo de sangre, le comentaba a Fran —un poco para calmarlo— que para cuando quisiera repetir la experiencia, me preguntara antes a fin de recomendar qué parte perforar con el cúter y no derramar tanta sangre. Fue sencillo parar la hemorragia, pero al terminar pude descubrir que, junto a la herida, había una cicatriz similar —“la del ensayo general”, me explicó Fran—, lo supuse, le dije, lo supuse. Esperé que Fran se cambiara y salimos de la galería. El guardia ya había apagado la mayor parte de las luces. La noche devoraba la colonia Condesa, sobre todo porque un gran porcentaje de las farolas no servía. Fran no hablaba, le dije si le apetecía ir a cenar, pero me respondió que tenía la costumbre de no comer en la noche. Le dije que me fuera a visitar al consultorio para revisarle la herida. tomó Veracruz hacia metro Chapultepec, yo preferí caminar por Atlixco en dirección a Michoacán para ver si encontraba algún restaurante abierto. Todos acababan de cerrar. Crucé Michoacán y antes de llegar a Campeche, encontré un lugar abierto: El trino del diablo. Era un local pequeño, de pocas mesas, pero me sorprendió que en la entrada tenía un letrero que decía: “Venga y pruebe nuestro vivaldis. Se comen fantástico.” Permanecí un rato frente a la entrada y decidí entrar a probar los vivaldis. No eran muy buenos. Qué pena.

No era la mujer de Lot

Ana Rosa Gómez Mutio

Una lancha los llevó del muelle anochecido a una bahía cercana donde empezaba a amanecer. Les prometieron que avistarían ballenas y delfines, así que madrugaron para ver el espectáculo. Quince minutos después, no había aparecido ninguna aleta en el agua.

Las nubes se iban llenando de luz y el cielo perdía el color marino. El encargado ancló la embarcación en una porción mínima de playa. A falta de animales, les prometió magníficas formaciones de sal y de roca. Les dijo que caminaran al fondo y que encontrarían animales todavía más fabulosos que los que hubieran visto en el agua. Casi todos sonrieron. Quedaron en estar de regreso treinta minutos más tarde para volver al muelle.

Eran cinco parejas. La escena se repitió cuatro veces: Él bajaba primero, le ofrecía la mano, ella daba un pequeño salto y juntos caminaban hacia las enramadas. Sin embargo, la última mujer se bajó sola. Él, que tenía meses sin tocarla, se había adelantado sin mirar hacia atrás. Ella lo extrañó en el momento de impulsarse hacia abajo del bote. Se dio cuenta de que no hubiera querido tocar sus labios o dormir contra su espalda; sólo quería un momento de complicidad, una breve sonrisa; tocar su mano y sentirse suspendida al recargar su peso en la mano de él para no caer abruptamente. En cambio, al bajar sin apoyo entró al mar con un sonido sordo que desordenó el agua. Las ondas se perdieron en el movimiento de las olas. Él no volteó. Ninguna de las parejas volteó tampoco. La mujer los miró alejarse hacia el fondo de la playa.

No había viento; la luz creaba sombras en el agua y ella se quedó en la orilla a mirarlo todo. Se quitó el short. Las olas eran casi imperceptibles, pero no podía dejar de mirarlas. El agua inundaba la arena, la arena la absorbía sin hacer ruido y, con un movimiento suave, el mar iba cubriendo y descubriendo las piernas de Julia. Pasaron los minutos. Con los ojos cerrados trataba de distinguir los sonidos que la rodeaban. El aire se llenó de gaviotas y, al voltear a verlas, sintió un ligero brinco en el estómago. Él había regresado y la estaba mirando. Ella disimuló la fea sensación y le sonrió levemente, pero Octavio la miró sin corresponder el gesto.

Ella quiso suavizar la tensión creciente de su cuerpo, ser la de antes, confiar; así que se levantó para abrazarlo, pero él se recorrió hacia atrás. Parecía a punto de decir algo, pero seguía en silencio. Ella trató de detener la palabra ponzoñosa; quiso abrazarlo de nuevo, quiso volver a sentarse, quiso callarlo y sólo atinó a sonreír más ampliamente, pero fue inútil, él lo dijo con una mueca: “mi amor, se te salen los pelitos del traje de baño”, como hubiera podido decir “con ese traje se ve que tienes celulitis” o “espero que no te pongas más gorda, porque tendría que dejarte”.

Siempre encontraba una frase que la hacía temblar de vergüenza, de miedo, de coraje. Y no alcanzaba a acostumbrarse. Deseó haber conocido a su madre, pero murió cuando Julia era muy chica. Nunca la extrañó tanto como ahora que quería sentarse a su lado y preguntarle si todos los maridos le hablaban así a sus esposas o si ella era la única idiota que podía permitirlo con una sonrisa en la boca. Al menos quería saber si era cuestión de tiempo que sus palabras dejaran de importarle o si cada vez iba a quedarse sin aire y sin respuesta.

En la orilla no había nadie. Sólo él podía verla, pero en vez de entender la mecánica cruel del juego, Julia volteó a revisarse. Tenía el short seco en la mano y se dio cuenta de que lo estaba apretando. En el silencio del lugar su propia voz le retumbaba en la cabeza “¿Y si fuera así, qué más da?” “Peor me parecería cargar con una mueca como la tuya”. “Te odio, imbécil, te odio”.

El diminutivo que había utilizado en la frase la hacía parecer casi inocente, pero sonaba como algo sucio, vergonzoso. Los pelitos. Julia recordó la sensación de la cera caliente, del tirón rápido, de la piel tensa y enrojecida de la noche anterior mientras se depilaba y quiso gritarle que no era cierto, que nada salía de su traje, que estaba limpia, tersa, suave, pura. Y que no le dijera mi amor cuando tuviera ganas de insultarla. En cambio, tragó saliva y se repasó entera, como si se tuviera de frente. Virtudes y errores golpearon su memoria: escuela de niñas, la voz grave, la risa silenciosa; una ingeniería química en cuatro años, una especialidad en alimentos en otros dos; una certificación en buceo en la que lo conoció; un padre viudo con buena mano para las orquideas; una apendicitis a los once años, una cicatriz en el abdomen; un aborto espontáneo doce meses atrás; sus miedos, sus sueños, sus logros, todo reducido al imaginario vello que escapó de su traje de baño.

Sin atinar a abrir los ojos o a dejarlos cerrados, se dio cuenta de que los había abierto cuando vio el espacio donde había estado sentada. El movimiento del agua no había desaparecido el nicho que dejaron sus caderas al quedar marcadas en la arena. Hizo conciencia de que la excitaba ver esos dos círculos ahora cubiertos por agua. Dos pequeños pozos de agua turquesa. Su cuerpo negado comenzó a despertar. Recordó que unos segundos antes de que Octavio llegara, ella se había dado cuenta de que sus muslos temblaban ligeramente por estar en contacto con el agua fría. Apenas lograban entibiarse cuando una nueva ola insistía en enfriarlos.

Julia levantó la mirada. Él no se había ido. Estaba esperando. El siguiente movimiento del juego cotidiano era despreciarla, después regresar a buscarla y empezar de nuevo. Era la táctica que había encontrado para mantenerla ansiosa, para cobrarle por no tener un hijo cuando él lo deseaba.

Julia quería largarse, tomar el bote, regresar a tierra y mandar todo al carajo. Quería no tener que usar un estúpido traje de baño otra vez. Quería dejar de depilar, rasurar, encremar y diluir su cuerpo. Quería saber a qué olía su boca cuando tomaba vino, cómo se sentían los vellos de su cuerpo, cómo se

estiraba su piel al tensarla y cómo se sentía adentrarse en ella. Pero también, aunque lo odiara, quería que, mientras el frío llenaba su piel, él la tocara, quería contagiarse del calor de sus manos, quería que sus poros hinchados por el frío volvieran a su tamaño cuando él la rozara. Quería que su corazón o su garganta o su espíritu lo odiaran de verdad y sobre todas las cosas quería pasar el nudo de la nostalgia y la humillación que no la dejaba respirar.

El sol podía verse en el horizonte, pero el aire aún estaba frío. Su cuerpo no respondía: sentía la boca amarga, las piernas no reaccionaban para caminar hacia la lancha y dejarlo solo, tenía las puntas de los pechos en alto, la piel erizada. Alguien le dijo que en momentos de ansiedad pusiera atención a una textura o a un color para refugiarse. Busco con desesperación en qué centrar sus pensamientos. Largas gotas escurrían de su cuerpo. Se fijó en ellas y recordó que cuando se levantó para abrazarlo, el agua que se había calentado entre sus piernas escurrió tibia por sus muslos y llegó fría a sus pies, de regreso al mar. Julia sintió el mismo escalofrío de excitación y repudio al sentir el viento que arreciaba y el sol que empezaba a calentarlo todo.

Ahora su traje estaba helado y quiso quitárselo para exprimirlo y dejar de temblar. Quiso sentir el algodón cálido de los shorts en las nalgas frías. La huella de su cuerpo había desaparecido de la arena y supo que si él no quería tocarla, ella quería tocarse entera. Levantó los brazos para sacarse la blusa, para arrancarse la ropa, para tomar conciencia de su cuerpo pausado, pero no supo cómo hacerlo y se quedó detenida por el impulso de gritar y correr y por la impotencia de quedarse quieta. Lo intentó de nuevo, pero el guía pasó junto a ellos y avisó que el tiempo de estancia en la bahía había terminado. El día apenas empezaba.

Veinte minutos después, al bajar de nuevo, esperaba tocar la arena fría, pero los minutos del regreso habían calentado el pedacito donde puso el pie. No tuvo que impulsarse, pues el bote había quedado sobre la arena. Estaba resuelto. No supo lo que habría hecho su madre, pero se inventó que le habría parecido bien no dejar de caminar. Sintió un creciente golpe de adrenalina y sin mirar hacia atrás se fue de la lancha, del muelle y del viaje.

El otro día la vi caminando y no encontré ni rastro de una estatua de sal.



El hombre que iba a salvar al mundo pero estornudó

Luis Sokol

—Salud—dijo a su esposa que acababa de estornudar mientras salía de la cocina para ir al baño —¿ya compramos más Kleenex? ¿Cuándo vamos a ir a Costco? —Gracias —y absorbió mocos por la nariz —no sé, amor. A ver si el fin —le contestó ella.

—Este fin no puedo, tengo que ir a jugar golf con el idiota ese de Arturo a ver si ya cerramos el trato —dijo con un tono de desesperación como quien quiere evitar tanto algo que preferiría morir.

Y en realidad ese era el caso, Juan quería morir, solo que aún no lo sabía. Al menos todavía no se lo admitía. Tenía una buena vida, lo suficientemente buena como para jugar golf e ir a Costco. Pero ni su hija ni su esposa ni su trabajo ni todo el dinero que tenía ni las vacaciones ni la membresía dorada de Costco le estaban dando satisfacción.

—Puedo ir yo sola, porque urge detergente y queso panela —le dijo ella y volvió a estornudar. —Salud —dijo y luego pensó: ‘¿Urge queso panela? ¿Desde cuándo el queso panela urge?’. El fin de semana llegó, fue a jugar golf con el idiota ese de Arturo y no cerró el trato.

—No estoy seguro todavía, Juan ¿Me das una semana más y te confirmo?

—Ok, pero solo una más porque sino tenemos otro cliente interesado en comprar ese edificio. Sabes que quiero que te lo quedes tú, ¿no?

—Sí, claro. Pero creo que se me hace un poco alto el precio. Una semana más y te aviso.

—Está bien.

Después el idiota ese de Arturo lo invitó a un table y Juan fue. Llegó a su casa borracho y oliendo a putero. Su esposa no lo dejó dormir en la cama esa noche y Juan estaba tan borracho que olvidó ir por una cobija. Solo se tumbó en el sillón. Entre la cruda y el frío, Juan se enfermó de catarro. La mañana siguiente se conformó por estornudos de Juan, de su esposa y berrinches de su hija que se había tenido que quedar en casa y estaba aburrida.

A la mañana siguiente Juan se levantó temprano a pesar de la gripa para llevar a su hija a la escuela. El próximo domingo sería día del padre y habían invitado a todos los papás a la escuela para hacer tortugas de chocolate con nuez. Juan hubiera dado todo, incluso a su propia hija, por no ir. Pero fue.

En camino a la escuela algo extraño sucedió. Todas las luces del tablero de su carro se encendieron al mismo tiempo y el auto perdió potencia hasta quedarse quieto.

—¿Ahora qué? —se quejó Juan mientras su hija le preguntaba si todo estaba bien y si llegaría a tiempo para hacer las tortugas de chocolate con nuez.

—No lo sé, mi amor, —dijo con voz mormada— no parece que le haya pasado nada el coche pero no está arrancando —dijo a su hija pero hablando para sí mismo. —Dale cinco minutos a papi y estaremos en camino ¿ok?.

—Ok —respondió ella.

Juan abrió el cofre y se encontró con una criatura verde con seis ojos y una bola escurridiza por cuerpo. Esa bola lo vio directo a los ojos mientras engullía la mitad de su motor. Juan dio dos pasos bruscos para atrás y se cayó al suelo con un grito atorado en la garganta. Volteó a sus alrededores para ver si había alguien que lo pudiera ayudar y al no ver nada cerró el cofre con fuerza, tomó a su hija y se echó a correr.

La hija no entendía bien qué estaba pasando y no paraba de hacer preguntas que Juan optaba por ignorar para seguir corriendo. De pronto —y todo por haber corrido hacia el bosque en lugar de hacia la ciudad— un grupo de esos seres los rodearon. Juan no lo sabía pero lo único que querían esas bolas gelatinosas era hacer que, primero él, y luego el mundo entero, dejara de sufrir para siempre. Se trataba de algo muy sencillo: le quitarían a Juan la capacidad de tener un lenguaje y Juan se encargaría de seguir con la cadena. Con eso la mente del humano regresaría al aquí y al ahora, perdería todas las clasificaciones que durante los años había generado y se dejaría de ver como algo separado del resto del universo. Así todo sería como en los viejos tiempos cuando paseábamos en los árboles; o incluso antes, cuando nadábamos en el océano salado.

Sin embargo ocurrió algo que tenía que suceder pero hubiese sido mejor si no (¡ay, la vida!): antes de que alguna de esas criaturas lo pudiera tocar —que era todo lo que necesitaban para cumplir con su misión— Juan estornudó. La saliva que roció por los aires tocó a todos y cada uno de esos seres que se desintegraron al instante. Lo más curioso es que Juan se sintió como el más grande de los héroes, hasta el punto en que un nuevo sentido de vida lo invadió como una corriente de felicidad que le duraría toda la vida. Finalmente le dijo a su hija —¿ya ves, mi amor? Te dije que cinco minutitos y papi lo arreglaría todo.



Amores encriptados

Niza Moreno de Luna

Bloqueada completamente bloqueada. Cientos, miles, millones de combinaciones. ¿Y el tiempo? nada, no existe. No se puede quebrantar lo inquebrantable. Y es como si aquellos hijos de la desesperación caminaron en mi mente toda la mañana, toda la tarde, toda la noche.

Buenas noches alma inocente que vagabas por la incertidumbre e incomprensión.

Todo aquel que la conoció creía notarle una espeluznante sombra sobre su frente que escribía la palabra “MORTE”.

La muerte la marcaba de pies a cabeza. Eso era lo que buscaba, muerte, a través de conflictos consigo misma. Pero sólo uno logró matarla. ¿A cuál pleito te referías? Al que requería de un algo inocente con una libertad relativa. Y para ello usó un Guajolote, que la mayoría preferimos para cenar. Esta ave posee una libertad relativa porque tiene alas, pero no puede volar.

Era tan callada que recurrió a formas siniestramente silenciosas en las que habría que definirse la fuente del horror. ¿Rastros, pistas? sólo uno, un verso, verso que por sí solo nada dice, que dice nada. “Este mar, al igual que los osarios y las lilas, se trastocará en monólogos de arena.”

Sus razones eran indescifrables porque la combinación, contraseña o respuesta estaba bloqueada por sus cenizas. Al final no había ni cuerpo, ni vida, ni verso. Sólo había muerte, cenizas y vacío.

Entonces descubrí el significado de este mar llenos de enamorados fracasados, que al igual que los osarios encierran las ilusiones jamás expresadas y las lilas flores que alguna vez regalé o me regalaron, serán olvidadas. Ella sólo desea que su historia se trastoque en los monólogos de las personas que son desechables e insignificantes granos de arena.

En memoria de todos aquellos amores encriptados.



Dolor infinito

Ezequiel Caminiti

La última vez que lo vi, el hombre se desplazaba doliente de cara al céfiro matutino.

Acariciaba cada árbol, cada rama y cada hoja, y de ellas cada nervadura. Arrancaba una y sentía un pequeño cosquilleo, ya común.

El dolor se había hecho carne en él. Sentía, según me dijo cierta vez, todos los dolores del universo. Su alma se fragmentaba ante el desgarramiento de cualquier flor, ante el sueño trunco del niño, al suplicio de una libélula o la fiebre de fulanos.

Sus padecimientos no eran sino ajenos.

Se recluía en un paisaje bucólico, a la soledad de un hórreo abandonado y la sombra de un ombú.

Supe más tarde que un día vio a la hija de un grajero y se enamoró inmediatamente. Pese a sus dolores intentó acercarse sin ser correspondido nunca.

El rechazo final llegó un lunes de septiembre, mismo día en que terminó todo su padecer. Ya no se lo vio pesaroso por los crepúsculos, ni dando trompicones sobre la azada o afligido a los rebencazos qué el mismo propinaba a su ruano.

Lo encontraron muerto al atardecer, sobre el heno de la cuadra y en mueca de aparente gozo.



Tristeza oscura

Ezequiel Caminiti

En la habitación más oscura de la más oscura casa de aquel barrio oscuro, que era, a la sazón, el más oscuro de la ciudad más oscura de un país ya oscuro, que se encuentra al sur del continente más oscuro de un planeta oscuro, por lo misterioso y por lo recóndito, y que se halla en el extremo de una galaxia oscura, entre millones de oscuras galaxias que conforman, junto a la materia oscura, este universo oscuro, que tal vez no sea sino uno más entre millones de universos igualmente oscuros, un hombre llora.



Tarde indigna de recordar

Mauricio Gerardo Romo López Acre

Aquella noche Manuel se concedió el placer de evocar su pasado. Frente a él se encontraban, a la distancia de la palma de su mano, las cascadas petrificadas de Hierve El Agua, en Oaxaca. Se veía allí, sonriente, admirando una de las tantas maravillas que ofrece el paisaje mexicano. Fue tanta su emoción que casi podía percibir el vapor; creía respirar el aire limpio y sentía resbalar el agua entre sus pies, pero cuando movió los dedos y rozó la tela de los calcetines, regresó a su realidad donde no había agua, y el vapor que veía suspendido en el aire no era por ebullición sino compuesto de píxeles en la pantalla de la computadora.

“Qué recuerdos”, pensó. En aquella foto no aparecía, pero él sabía que muy cerca del margen derecho se encontraba Marlene, seguramente tomando fotos con su celular, sin quitarse nunca los lentes oscuros ni el sombrero, cargando sus sandalias con la mano libre. Se acordó que, poco después de esa foto, ella le había dicho “Mira nomás qué paisaje, Manolo” Así le gustaba decirle: Manolo. Nadie más lo había llamado Manolo ni antes ni después de ella.

Suspiró y dejó de ver la pantalla para cerrar los ojos e imaginar aquel momento, que permanecía tan nítido como si hubiera sucedido esa misma tarde. El ocaso pintaba al agua de naranja mientras ellos dos, casi solos en aquel paraíso oaxaqueño, flotaban y se relajaban en las aguas hirvientes, bebiendo cervezas que escondieron al fondo de las mochilas y que ahora estaban templadas; y aunque siempre habían detestado una cerveza quemada, aquellas las disfrutaron como si estuvieran recién sacadas de la hielera.

Ambos se hicieron la promesa de regresar alguna vez, en un futuro lejano, juntos. Se lo dijeron mirándose a los ojos, sonriendo con complicidad y

chocando las botellas que se tomaron casi de un sorbo. Rieron y jugaron, aunque nada de eso se reflejaba en la foto que él veía otra vez en el ordenador, donde sólo aparecía él deslumbrado por el sol; una foto que tomó un visitante que pasaba por allí y que Manuel conservó porque le parecía graciosa la expresión que puso. Antes de pasar a la siguiente, una del mismo lugar pero donde seguro aparecía ella, cerró la pantalla de un manotazo. Pensó seriamente si valía la pena volver a ver esas fotos y reavivar esos tiempos. Lo dudó. Prefirió evitarse la tristeza, y así la cabeza no se le volviera a llenar de falsas esperanzas, ilusiones perdidas y de rompecabezas incompletos que eran todos esos recuerdos.



Eduardo Caballero

Conversaciones

Andrea Fischer



A Mónica Soto Icaza le gusta la libertad. Cree que cada quién se puede juntar con quien le plazca, así como en la diversidad ideológica de los individuos que componen la sociedad. Por esta razón, ha dirigido su vida profesional en términos de la difusión de nuevas ideas, nuevas voces, nuevas propuestas literarias. Con este afán, fundó Amarillo Editores, y a partir de entonces se ha desenvuelto en el ámbito literario en estos términos:

más allá de las grandes líneas editoriales, con un pulso y una identidad propias. En esta ocasión, nos platica de las dificultades y grandes virtudes que su labor como editora independiente ha implicado.

PE: *¿Cómo empezó Amarillo Editores?*

MS: Amarillo empezó después de que publiqué mi primer libro, a los 21, en conjunto con mi papá. El día de la presentación del libro, la presentadora llegó tarde. Era una poeta cubana que murió hace unos tres años. En fin, dieron las 7, las 8 y la mujer no llegaba. La presión del espacio por arrancar el evento nos llevó a buscar a otra persona. Me acuerdo perfectamente de mi sensación: estaba feliz, y en ese momento decidí que todo el mundo debería de sentir lo mismo alguna vez, porque es lo máximo. Y así empezó el proyecto.

PE: *¿Cómo orquestaste a las personas que trabajaron contigo desde el principio?*

MS: En ese momento, yo era reportera para la revista *Época*. Estamos hablando de 2004, más o menos. Cuando salí de ahí, empezamos el proyecto de la imprenta. Entonces, resolví el problema que muchas editoriales tienen: dónde imprimir, y cómo. Todo esto es un tema que las editoriales independientes sufren bastante. Con el tiempo aprendí que me convenía más maquilar todo que imprimirlo yo. Sin embargo, lo que realmente tuve en esa época fue en dónde trabajar: éramos dos personas en la editorial y parecíamos diez. Fue entonces que conocí al encuadernador con el que trabajo ahorita, así como al impresor. Es gente que llegó para quedarse. Ahora nos manejamos por mail y Uber. Cuando tienes a la gente que te resuelve lo más difícil, ya estás del otro lado.

PE: *¿Cuáles son los criterios editoriales que consideras fundamentales?*

MS: Principalmente, que los textos no ataquen a alguna ideología política, religiosa o de cualquier tipo. Si el manuscrito tiene faltas de ortografía y redacción, ni siquiera lo sigo leyendo. Una cosa es hacer corrección de estilo y todo, pero ya para mandarlo a una editorial es porque ya estás segura de que está limpio, o lo más limpio que tú creas que está. Cuando tú escribes y publicas algo, no sólo es un libro, no sólo es Literatura: es ideología. Finalmente, estamos en la era de la comunicación. No podemos no pensar en eso. Tenemos que pensar en el lector.

PE: *¿Cómo te relacionas tú, como editora independiente, con las plataformas digitales?*

MS: Yo amo el Kindle. El libro electrónico me encanta. Me parece de unas posibilidades maravillosas. Digo, hay ediciones que no encuentras en ningún lado, y que en Kindle existen. Me regalaron uno en diciembre del año pasado, porque yo era muy del libro impreso: del olor, de la textura, ya sabes. Cuando lo empecé a leer, me enamoré. Me encanta, porque lees con mucha luz, con poca luz, en cualquier lugar, le puedes hacer la letra grande, chica: me parece increíble. En iPad no puedes leer igual. Por otra parte, la distribución de una editorial independiente es muy complicada. Poner los libros en el punto de venta es muy complicado. Cuando tienes el Kindle, se abre la posibilidad de que gente que está del otro lado del mundo, en otra ciudad, en otro lugar, pueda adquirir las obras, leerlas y comentarlas.

PE: *Sabemos que estás interesada particularmente en la factura de libros-objeto. ¿Cómo es el proceso del trabajo artesanal?*

MS: Mira, eso lo dejamos de hacer hace algunos años. Pero últimamente hay una tendencia de apreciar no solamente el libro por el contenido, sino por el objeto que tienes en la mano. Entonces, nosotros siempre hacíamos con los libros de poesía algo diferente: en pasta dura, con las guardas originales de los ilustradores... entonces, combinamos: el interior tradicional, pero la portada es a mano. Es como una mezcla que funciona muy bien, porque les da una identidad propia que la gente reconoce en los libros artesanales.

PE: *Por último, ¿qué le recomendarías a los nuevos creadores que quieren publicar y adentrarse en el ámbito literario?*

MS: Les recomendaría que practiquen mucho la tolerancia a la frustración. Primero eso, y después que tengan un objetivo claro: quiero escribir, muy bien, pero ¿para quién? Ahora, como autor independiente es más complicado, porque no tienes el mismo reconocimiento que alguien publicado por otra editorial, aunque tus libros sean mejores. Tampoco la plataforma mediática de los medios tradicionales, pero tienes muchas posibilidades en todo lo digital. A veces es mejor, para un escritor independiente, manejarse a sí mismo a través de las redes sociales. Como de esta índole, tienes que promover tus propios contenidos, a menos de que quieras que Alfaguara te publique. Si es el caso, la cuestión es proponerles hasta que digan que sí. Al final, se trata de objetivos, nada más: cada quién debe de escoger sus propios caminos.





INSCRÍBETE A NUESTROS TALLERES



TALLER DE LECTURA

Pon en marcha tu capacidad de comprensión
y crea una relación entre la lectura, el aprendizaje
y el placer.

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

Un espacio de aprendizaje de técnicas y estrategias
para impulsar y fomentar tu creatividad.

TALLER DE APRECIACIÓN ARTÍSTICA

Aborda las diferentes corrientes y conoce
los elementos estéticos que te ayudarán a
apreciar cada expresión artística.

Para mayor información y/o horarios:
info@porescrito.org

CONSEJO EDITORIAL

Editora General

Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Mesa de edición y arbitraje:

María Elena Sarmiento
Virginia Meade
Yamil Narchi Sadek
Andrea Fischer

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas:

Andrea Fischer

Diseño Editorial

Depto. de Arte y Diseño
IMPRECEN, S.A. DE C.V.

Fotografía de portada

Daniela Fischer D.
Vermeer en una acera florentina

Digital

www.porescrito.org


Ventas y Suscripciones

ventas@porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org
55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15

Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad
de quien los firma.

Pretextos literarios por escrito  es una revista bimestral. Número catorce. Editora responsable Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102.

Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la Publicación: Centenario 66, Col. Del Carmen, Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.

Impresor: Imprecen SA de CV, carretera Guanajuato-Juventino Rosas, Km 12, Col. La Carbonera Guanajuato, Guanajuato.

Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V.
Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.

Esta edición consta de 3000 ejemplares.
Circulación Junio-Julio 2018

| Maestría en Guionismo

"80% de una película es el guión; el otro 20 es la ejecución."
Billy Wilder

DIGITAL MARKETING



Especialidad en Publicidad en Medios Interactivos

Consultar RVOE en uic.mx



"Anunciar no es una ciencia, es un arte."
Bill Bernbach

Campus Sur

Av. Insurgentes Sur 4303,
Col. Santa Ursula Xitla

55487 1370 al 79
admission@uic.edu.mx

| Pregunta por nuestro



Consulta condiciones con tu asesor educativo.

Contacto de Director: beatriz.gonzalez@uic.edu.mx



#UICMx

ELIGE BIEN #ELIGESERUIC



www.uic.mx

Ultimátum

“Hay algo que no debería resultarnos tan sorprendente como en principio parece, y es que los escritores dividen al resto de la humanidad en dos categorías: los que escuchan y los que no escuchan.”

El oficio: un escritor, sus colegas y sus obras.

Philip Roth